



LA BOHEMIA EN FAMILIA



LA BOHEMIA EN FAMILIA

No creo que se pueda encontrar en todo París una casa más extraña y más alegre que la del escultor Simaise. La vida en esa casa es una fiesta perpetua. A cualquier hora que lleguéis allí, oiréis cantos, risas, el ruido de un piano, de una guitarra, de un tambor. Si entráis en el estudio, será muy extraño que no entréis en el instante en que están jugando al volante, ó valsando, ó haciendo una



figura de rigodones, ó preparando un baile; andando por entre recortes de tul, cintas arrastrando cerca de las herramientas, flores contrahechas colgadas de los bustos de yeso, faldas puestas encima de una estatua todavía húmeda.

Y es que hay allí cuatro muchachas de



dieciséis á veinticinco años, muy bonitas, pero muy revoltosas; y cuando esas señoritas se mueven con los cabellos sueltos, cayendo por las espaldas, adornados con cintas, con largas agujas, con vistosos broches, cualquiera creería que,

en vez de cuatro, son ocho, dieciséis, treinta y dos señoritas de Simaise, tan animadas unas como otras, hablando alto, riendo fuerte, con ese aire de muchacho, peculiar á casi todas las hijas de artista, ademanes propios de los estudios, un aplomo de aprendiz y pintándose solas para eso de despedir á un *inglés*

ó de tirarle cualquier cosa á la cabeza al tendero que se permite presentar su cuenta en un momento inoportuno. Esas muchachas son las verdaderas amas de la casa. El padre trabaja desde que amanece, esculpiendo, modelando sin descanso, porque no es rico. Al principio era ambicioso, se esforzaba por hacer las cosas bien. Algunos éxitos en las Exposiciones le presagiaban cierta gloria. Pero aquella familia, exigente para mantenerse, para vestirse y para divertirse, lo redujeron á ser un adocnado en su oficio.



La señora de Simaise no se ocupaba de nada. Muy guapa cuando se casó, muy festejada en la sociedad artística donde la presentó su marido, se consagró sola y exclusivamente á ser una mujer bonita primero, y luego, á ser una que ha sido mujer bonita.

De origen criollo, según dicen, por más que me aseguran que sus padres no han salido nunca de Courbevoie, pasa los días, desde por la mañana hasta por la noche, en una hamaca, colgada unas veces en una habitación, otras en otra de la casa, abanicándose, durmiendo la siesta, con un profundo desdén hacia los pormenores materiales de la vida. Ha servido tantas veces de modelo á su marido para hacer Hebes y Dianas, que se le figura que está atravesando por la vida con una media luna en la frente, una copa en la mano y cargada de emblemas de toda clase de trabajos. Así es que hay que ver el desorden de aquella casa. Hay que pasar una hora buscando cualquier objeto que hace falta.

—¿Has visto mi dedal?... Marta, Eva, Genoveva, Magdalena, ¿quién ha visto mi dedal?

Los cajones, en los cuales yacen revueltos libros, polvos, colores, paletas, cucharas, abanicos, están llenos hasta el borde, pero no contienen nada útil. Además, les gusta los muebles raros, curiosos, incompletos, estropeados. ¡Y la casa

misma es tan singular! Como se mudan con frecuencia, no tienen tiempo de instalarse, y aquella alegre casa parece estar siempre esperando ese arreglo completo, indispensable, que sigue á una noche de baile. Sólo que faltan tantas cosas, que no vale la pena de arreglar, y con tal de que tengan que ponerse, que paseen por las calles, con la rapidez de un meteoro, un simulacro de elegancia y apariencias de lujo, el honor se halla á salvo.

El campamento no tiene nada que moleste á esa tribu de nómadas. Por las puertas abiertas la miseria se deja ver de pronto en las cuatro paredes desnudas de una habitación desamueblada, en el revoltillo de un cuarto lleno de trebejos. Es la vida de la bohemia en familia, una vida de imprevistos, de sorpresas.

En el momento de ponerse á la mesa, echan de ver que falta todo, y hay que ir de prisa y corriendo á buscar el almuerzo fuera. De ese modo las horas pasan rápidamente, agitadas, en la holganza; y luego eso tiene una ventaja. Cuando se almuerza tarde, no se come; basta con

casi tanto como su madre en sus buenos tiempos; además tienen una gracia especial para llevar los trapos, las joyas de moda, y un trato tan natural y tan encantador, unas carcajadas de chiquillo tan alegres, una manera tan picaresca de abanicarse... A pesar de todo esto, no se casan. Jamás ningún admirador suyo ha podido sufrir el espectáculo de aquella casa singular, por dentro. El desorden de los gastos inútiles; la falta de platos; la profusión de muebles viejos y agujereados; arañas antiguas dislocadas y con el decorado ennegrecido; la corriente de aire por las puertas todas; los campanillazos de los acreedores; el desarreglo de aquellas señoritas en chanclas y peinadores sucios, hacehuir á los mejor interesados. ¿Qué queréis? No todo el mundo se resigna á colgar cerca de sí y para toda la vida, una hamaca para que se meza una mujer que no hace nada.

Me temo mucho que las señoritas de Simaise no se casarán nunca. Tuvieron, sin embargo, una ocasión magnífica y única para hacerlo durante la *Commu-*

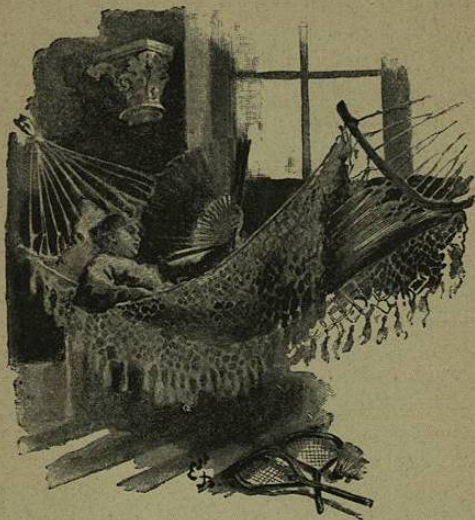
*ne*. La familia se había refugiado en Normandía, en una ciudad pequeña, muy llena de abogados, de notarios, de agentes de negocios. El padre, en cuanto llegó, buscó trabajo. Su fama de escultor le



sirvió mucho; y como había en la plaza principal del pueblo una estatua en Cujas hecha por él, todas las notabilidades del lugar quisieron que les hiciese su busto.

Inmediatamente la madre colgó la hamaca en un rincón del estudio, y aque-

llas señoritas organizaron fiestecillas. Tuvieron grande éxito. Allí al menos la pobreza parecía un accidente del destierro, y lo destartalado de la instalación



tenía su razón de ser. Aquellas hermosas elegantes eran las primeras en reirse de su miseria. Se habían puesto en camino sin llevarse nada. Como París estaba sitiado, no podían mandarles nada.

Para ellas aquello tenía sus encantos. Aquella vida hacía pensar en las bandas de gitanos en viaje, que se peinan en una troj y beben en los arroyos.

Los menos poéticos las comparaban en su imaginación á las desterradas de Coblenza, á las damas de la corte de María Antonieta, huídas precipitadamente, sin polvos, ni pelucas, ni doncellas; obligadas á echar mano de todos los recursos; aprendiendo á servirse á sí mismas, y conservando la frivolidad de la corte de Francia con la picaresca sonrisa, aunque sin los lunarillos á la moda.



Todas las noches una multitud de gente invadía el estudio de Simaise. Al compás de un piano de alquiler, aquella gente bailaba valeses, polkas y cotillones— en Normandía también se baila cotillón.—

«Acabaré por casar á alguna,» se decía el bueno de Simaise. Y el hecho es que, de casarse alguna, las demás la hubieran seguido. Desgraciadamente no se casó la primera, aunque le faltó bien poco.

Entre las numerosas parejas de baile de aquellas señoritas, en aquel cuerpo de baile de abogados, fiscales, notarios, el más entusiasta era un letrado viudo, muy asiduo siempre con la muchacha mayor. En la casa le llamaban «el primer abogado danzarín,» en recuerdo de los bailes de Molière; y en verdad que al ver el entusiasmo con que el mozo daba vueltas, el bueno de Simaise fundaba en él las más halagüeñas esperanzas. Pero los hombres de negocios no bailan como todo el mundo. Aquél, mientras valsaba, hacía sus reflexiones correspondientes: «Esta familia de Simaise es muy simpática... Tra, la la... La, la, la...; pero parece que me dan mucha prisa... La, la, lará...; no me comprometeré á nada antes de que se levante el sitio de París... Tralá, la, la... y pueda yo tomar informes... la, la, la...» Así pensaba el primer abogado danzarín; y, en efecto, en cuan-

to París estuvo libre, tomó informes respecto de la familia, y la boda se deshizo.

Luego se les han deshecho otras varias, á las pobres. Pero esto no ha alterado en lo más mínimo la alegría de aquella familia singular. Al contrario, cuanto más tiempo pasa, más alegres son. El invierno pasado se mudaron tres veces; les han vendido una los muebles, y, sin embargo, han dado dos grandes bailes de trajes.





FRAGMENTO  
DE UNA CARTA DE MUJER

ENCONTRADO EN LA CALLE  
DE NUESTRA SEÑORA DE LOS CAMPOS





FRAGMENTO DE UNA CARTA DE MUJER

ENCONTRADO

EN LA CALLE DE NUESTRA SEÑORA DE LOS CAMPOS

«... me ha costado por haberme casado con un artista. ¡Ah, querida mía! ¡Si lo hubiese sabido!... pero las muchachas tienen acerca de todas las cosas de la vida ideas muy singulares. Figúrate tú que en la Exposición, cuando veía en el Catálogo esas señas de casas retiradas

en calles tranquilas, al extremo de París, me imaginaba yo vidas apacibles, sedentarias, dedicadas por completo al trabajo y á la familia, y decía para mis adentros, suponiendo por anticipado lo celosa que había de ser: «Así quiero yo un marido. Estará conmigo siempre. Pasaremos todo el día juntos, él con su cuadro ó con su escultura, yo leyendo, charlando á su lado.»

¡Pobre inocente! No sospechaba yo entonces lo que era un estudio, ni la extraña gente que lo frecuenta. Jamás, al contemplar esas estatuas de diosas desvergonzadamente escotadas, se me había ocurrido que hubiera mujeres bastante atrevidas para... Y que yo misma... Si no, yo te ruego que creas que no me hubiese casado con un escultor. ¡Ah! no por cierto... Debo advertir que en mi casa todo el mundo se oponía á la boda, á pesar de la fortuna de mi esposo, de que ya era célebre su nombre y del hotel que estaba edificando para nosotros dos. Yo sola lo quise. Era tan elegante, tan guapo, tan cariñoso, tan galante... Parecíame, sin embargo, que se metía

demasiado en los trajes, en los sombreros que había de lucir. «Levántate el pelo así...» Y el caballero se entretenía en colocarme una flor en el centro de los rizos, con más arte que la mejor peinadora del mundo.

Tanta experiencia en un hombre, era sospechosa, ¿no es verdad? Debí desconfiar. Pero, en fin, tú lo verás. Escucha:

Volvíamos de nuestro viaje de novios. Mientras yo me ocupaba en instalarme en esa casa tan bonita, tan bien amueblada, en ese paraíso que tú ya conoces, mi esposo se puso á trabajar inmediatamente después de nuestra llegada, y pasaba los días en su estudio, que estaba fuera de nuestro hotel. Por la noche, cuando volvía, me hablaba con alegría de la próxima Exposición



El asunto era *Una dama romana saliendo del baño*. Quería dar á su estatua ese pequeño estremecimiento de la piel al contacto del aire, la humedad de finísimos tejidos pegados á la carne, y otra



porción de cosas bonitas que yo, ya no recuerdo.

Aquí para *inter nos*, cuando me habla de su escultura, no siempre lo comprendo bien. Así y todo, yo le contestaba: «Estará muy bonita...» Y yo me veía ya sobre la finísima arena de las galerías admirando la obra de mi cónyuge, un

bonito mármol blanco destacándose sobre fondo verde, y á la gente diciendo: «Esa es la esposa del autor.»

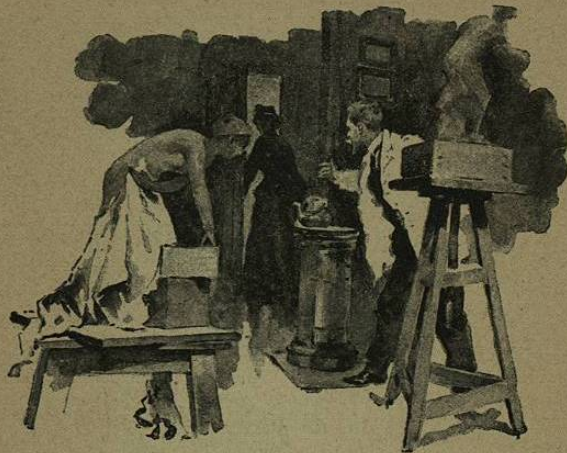
Por fin un día, curiosa por saber cómo iba nuestra *Dama romana*, tuve la idea de ir á sorprenderlo en su estudio, que aún no conocía yo.

Era una de las primeras veces que yo salía sola, y me había puesto muy guapa, ¡caramba!... Al llegar encontré la puerta del jardinillo, en el entresuelo, abierta de par en par. Entré derechamente, y juzga de mi indignación cuando vi á mi marido con una blusa blanca cual la de un albañil, despeinado, con las manos llenas de tierra, y enfrente, hija mía, una mujer, una muchacha muy alta, de pie sobre un trípode, casi desnuda y muy tranquila á pesar del traje, como si lo encon-



trara perfectamente natural. Un vestidillo pobre, lleno de barro, unas botinas viejas, un sombrerillo con una pluma desrizada, estaban tirados al lado suyo en una silla. Vi todo eso en un ins-

tante, porque ya comprenderás que eché á correr y escapé. Esteban quiso hablarme, detenerme; pero me estremecí de horror al ver sus embadurnadas manos,



y corrí á casa de mamá, donde llegué casi muerta. Te parecerá estar viendo aquella entrada.

«¡Dios santo, hija mía! ¿qué tienes?»

Cuento á mamá lo que acabo de ver, cómo estaba aquella mujer, y cuál era su

traje. Y lloraba, lloraba á lágrima viva... Mi mamá, muy afligida, procura tranquilizarme, consolarme, explicarme que debía de ser una modelo.

«¡Cómo!... eso es abominable... No me había hablado de eso antes de casarme.»

A poco llega Esteban muy azorado y



procura á su vez hacerme comprender que una modelo no es una mujer como otra cualquiera, y que además los escultores no pueden prescindir de ellas; pero esas razones no me persuaden, y declaro prudentemente que no quiero nada con un marido que se pasa el día á solas con mujeres desnudas.

—Vamos, hijo mío, dijo entonces la po-

bre mamá, que se esfuerza por arreglarlo todo; ¿no podrías, en obsequio á tu esposa, reemplazar la modelo con una figura de cartón?»

Mi esposo se mordió el bigote con rabia: «Eso no es posible, querida mamá.»

—Me parece, á pesar de esto, hijo mío... Mira, las modistas tienen cabezas de cartón que les sirven para exhibir los sombreros... Pues bien; lo que se hace con la cabeza, ¿no se podría hacer con el...?»

Parece que la cosa no es posible. Por lo menos eso fué lo que Esteban trató de demostrarnos, con toda clase de pormenores y de palabras técnicas. Verdaderamente parecía desesperado. Yo lo miraba con el rabillo del ojo, mientras me enjugaba las lágrimas, y veía claramente que mi disgusto lo apenaba de veras. Por fin, después de una interminable discusión, se convino en que, puesto que el modelo era indispensable, estaría yo allí siempre que ella fuera. Precisamente había al lado del estudio un cuartito muy cómodo, desde el cual podría yo ver sin que me viesen.—Es vergonzoso, dirás tú, tener celos de mujeres de semejante

calaña, y demostrarlo. Pero créeme, chiquita, es menester haber pasado por esas emociones para poder hablar de ellas.

Al día siguiente debía de ir la modelo. Hice de tripas corazón y me instalé en mi escondite, con la condición expresa de que, al más ligero golpe que yo diese en el tabique, mi marido vendría en seguida á ver lo que quería. Apenas me había yo escondido, cuando llegó la pícara modelo del otro día, vestida sabe Dios cómo, y con un aspecto tan miserable, que yo me preguntaba cómo había podido tener celos de una mujer que sale á la calle sin puños blancos y con un mantoncillo viejo á rayas verdes. Pues bien, hija, cuando ví á aquella muchacha tirar el mantón y el vestido en medio del estudio, desnudarse con aquella naturalidad, con aquel impudor, me hizo un efecto que no puedo explicarte. La cólera me ahogaba... Pronto; llamo al tabique... Se presenta Esteban. Yo temblaba, estaba pálida. Se burla de mí, me tranquiliza cariñosamente, y se vuelve á su trabajo... Ahora, la mujer estaba de

pie, medio desnuda, con su abundante cabello suelto y cayendo sobre la espalda. No era la mujer de un momento antes, sino casi una estatua ya, á pesar de su aspecto vulgar y fatigado. Tenía yo el corazón metido en un puño. Pero no dije nada. De pronto oigo á mi marido que decía: «La pierna izquierda... Adelante la pierna izquierda.» Y como el modelo no comprendía bien, se acercó á ella y... ¡Ah! Aquello era demasiado; no pude contenerme. Llamo. No me oye. Vuelvo á llamar, llamo furiosamente. Aquella vez acudió, con las cejas un poco fruncidas, con la fiebre del trabajo.

«Vamos, Armanda... ¡Sé razonable!...» Y yo, llorando, apoyé la cabeza en su hombro: «No puedo, hijo mío, no puedo dominarme... No puedo... no puedo...» Entonces, bruscamente, sin contestarme, pasó al estudio é hizo una seña á aquella horrible mujer, la cual se vistió y se marchó.

Durante algunos días, Esteban no fué á su estudio. Se estaba conmigo, no salía de casa, se negaba hasta á ver á sus amigos, siempre muy cariñoso, pero muy

triste. Una vez le pregunté muy tímidamente: «¿No trabajas ya?» lo cual me valió esta respuesta: «No se puede trabajar sin modelo.» No tuve valor para insistir,



porque comprendí lo culpable que era y la razón que tenía para estar enfadado conmigo. Sin embargo, á fuerza de caricias, de mimos, conseguí que volviese al estudio y que procurase concluir su estatua de... ¿cómo dicen ellos? de me-

moria; en una palabra, el procedimiento propuesto por mamá. Yo encontraba eso lo más hacedero del mundo, pero él... Todas las noches volvía á casa nervioso, casi enfermo. Para animarlo iba yo á verlo con frecuencia. Yo decía: «Es muy bonito.» Pero el hecho es que la estatua no adelantaba. Cuando iba lo encontraba siempre fumando en el diván, ó bien haciendo bolitas de barro, que tiraba contra la pared.

Una tarde que estaba yo allí, mirando á aquella dama que tardaba tanto en salir del baño, una idea acudió á mi mente. La romana era de mi estatura, tal vez en rigor podría yo... «¿Qué es lo que se llama una bonita pierna?» le pregunté de pronto. Me explicó la cosa muy al pormenor, enseñándome la que aún faltaba á la estatua, y que no podía hacerlo sin modelo... ¡Pobre muchacho! ¡Tenía un aire tan triste al decir eso!... ¿Sabes lo que hice?... ¡Qué diablura! Corrí la cortina, que estaba recogida en un rincón, y me fuí á mi escondite; luego, poco á poco, sin decir palabra, mientras él estaba contemplando su estatua,

fuí á ponerme en el tablado enfrente de él, con el traje y con la postura en que había yo visto á aquella horrible modelo... ¡Ah, hija mía! ¡Qué emoción cuando él levantó la cabeza! Yo sentía ganas de reír y de llorar. Estaba colorada... Y aquella pícara gasa que era necesario ajustar por todas partes... ¡No le hace!... Esteban tenía el aire tan satisfecho, que pronto me tranquilicé. ¡Figúrate, hija mía, que, á hacerle caso!...

